

DOCUMENTOS OFICIALES

I

HOMENAJE A LA BUENA MEMORIA DE D. VICENTE DE LA FUENTE Y BUENO (Q. S. G. H.), ACADEMICO DE NUMERO

Tuvo lugar el viernes 27 de octubre pasado, en la ciudad de Calatayud, donde había nacido, en el año 1817, este ilustre historiador y polígrafo. El Gobierno de Su Mejestad acordó que la traslación de los restos, desde la Sacramental de San Justo, de esta Corte, para su definitivo sepelio en la Colegiata de Santa María, de Calatayud, tuviera el carácter de homenaje nacional, sufragando los gastos del mismo.

En Calatayud fué recibido el féretro, llevado a hombros de sobrinos del finado, por representaciones de las fuerzas vivas y sociedades locales, el Ayuntamiento, Diputación provincial, representantes en Cortes, Clero, Milicia, Universidades de Madrid y Zaragoza y de la Real Academia de la Historia. Formóse el cortejo presidido por los eminentísimos e ilustrísimos señores Cardenal-Arzbispo de Zaragoza, Obispo de Tarazona, Gobernador civil, Rector de la Universidad, Gobernador civil y Presidente de la Audiencia de Zaragoza, Comandante militar y Representante de la Academia, y púsose en marcha, precedido de la Guardia civil a caballo, niños de las escuelas, Clero con Cruz alzada y gran concurso de vecinos: dirigióse por las principales calles, donde en masa se agrupaban los bilbilitanos a la Colegiata, donde se celebró un solemne funeral, cantándose la misa de Perossi y pronunciando elocuentísima oración fúne-

bre el muy ilustre señor canónigo de Zaragoza don Santiago Guallart, ilustre orador sagrado.

Por la tarde, en el Teatro Principal, tuvo lugar solemne velada neocrológica, en la que tomaron parte, leyendo o pronunciando elocuentes y eruditos discursos, los señores alcalde de Calatayud señor Bordons, síndico señor Ortega, cronista de la ciudad, y correspondiente de la Academia señor López Landa, vicario general don Valentín Marco, ex alcalde don Francisco Lafuente, don Salvador Minguijón, catedrático de la Universidad de Zaragoza, don Darío Pérez, diputado a Cortes, y don Eduardo Ibarra, que llevaba la representación de la Universidad de Madrid y de la *Academia*. Dió las gracias en nombre de la familia don Pedro de la Fuente, sobrino del homenajeado y abogado fiscal de la Audiencia de Zaragoza, y cerraron la sesión elocuentes y sentidas frases del señor Gobernador civil, en nombre del Gobierno y del eminentísimo señor Cardenal Arzobispo, que presidió el acto.

*
* *

“Eminentísimo señor:

”Excelentísimos, ilustrísimos señores:

”Señoras, señores (1):

”No siempre encuentra, en el curso de nuestra vida, el cumplimiento del deber, la satisfacción interior que aparece espontánea al cumplirle, y aun en ocasiones, es forzoso vencer las naturales repugnancias que surgen en el ánimo al loar o enaltecer la vida o los hechos de quienes nos separaron en el común vivir y luchar, hondas diferencias doctrinales o conductas y vidas distintas y aun opuestas. Los profesionales de la Historia tenemos, además, a nuestro cargo, la tarea de vivir entre fantasmas y la obligación de resucitar y dar plasticidad a sus vidas y hechos; estudiamos lo que pasó hace cientos o miles de años e intentamos rehacer y narrar la impresión que produjeron: somos el polo opuesto del periodista o del literato; éste se inspira en

(1) Trabajo leído en la velada necrológica en su honor, celebrada el día 27 de octubre en el Teatro Principal de Calatayud por el académico señor Ibarra en nombre de la Real Academia de la Historia y de la Universidad de Madrid.

la realidad, que aprisiona y copia; nosotros, cual fotógrafos que trabajan alumbrados por tenues luces rojizas, hemos de aplicar el reactivo de la erudición a las placas que impresionadas quedaron en otros tiempos y harto hacemos al lograr fotografías muchas veces desvanecidas o desenfocadas que sólo difícilmente pueden dar idea aproximada de la realidad que fué.

“Por fortuna, en el caso presente no concurre ninguna de las circunstancias apuntadas, y cumplir el encargo, para mí honorosísimo, de representar en este acto a la Real Academia de la Historia y a la Universidad de Madrid, recordar y enaltecer la veneranda y venerable persona de don Vicente de la Fuente es deber gratísimo de cumplir para quien con él coincide en sus fundamentales y características cualidades, no igualándole sino pareciéndolo en sus arraigadas creencias religiosas, en su vocación a la enseñanza, en sus aficiones eruditas, en su amor a Aragón y a Calatayud y en la fortuna de ocupar en las mismas ilustres Corporaciones un puesto, al par, de honor y de trabajo.

”Y hasta tuve la fortuna de conocerle y tratarle, aunque en circunstancias muy distintas; él ya cerca de la tumba, yo en los comienzos de mi vida científica, en el invierno de 1887, dos años antes de su muerte.

”Recuerdo mi entrada, acompañado de mi padre, su buen amigo, compañero y paisano, en el modesto piso de la calle de Valverde, y la franca y cordial acogida de aquel señor afable, locuaz, con su habla ceceosa, el acento dulce, el rostro expresivo, encuadrado por las patillas canosas; la amabilidad y afecto con que recibió a aquel provinciano, estudiante del Doctorado, recién llegado a la Corte, y que en ella quedó a los pocos días, sumergido en el mareante tráfago de la vida madrileña. Sucesivas visitas me fueron descubriendo poco a poco las cualidades intelectuales de aquel varón alegre, socarrón, graciosísimo y acertado en sus juicios de personas, doctrinas, libros y tendencias, en boga; su casa fué en aquellos primeros meses de adaptación madrileña mi puerto de refugio espiritual, el lugar de consulta y de información científica, y pude apreciar entonces la extraordinaria y variadísima cultura de aquel hombre, que, con la mayor sencillez, bondad y llaneza, citaba libros y libros, sirviendo de guía y conductor al principiante; sólo he conocido en mi vida.

que ya no es corta, dos eruditos de su mismo tipo, que se llamaron Menéndez Pelayo y don Eduardo de Hinojosa.

”A medida que fuí intensificando mis estudios y especializándome en ellos, después de tener el honor y la fortuna de ingresar en el profesorado oficial de la Universidad, tuve ocasión de seguir tratando a don Vicente, ya desaparecido del mundo de los vivos, viendo en sus libros reflejadas maravillosamente las cualidades características suyas. Quede para doctos y prolijos estudios de crítica científica la apreciación de las obras que escribiera y el examen minucioso de sus aciertos, novedades y geniales atisbos: la tarea, sobre ser, por su magnitud, tal, que forzosamente resultaría impropia de la naturaleza de este acto, exige (por la variedad extraordinaria de aptitudes que revela en las numerosas producciones que trazó su docta pluma), la apreciación de varios críticos o el juicio de uno que sea, a la vez, experto conocedor de la Teología, la Historia, el Folk-lore, la Ascética, Arqueología, Bibliografía, el Derecho canónico, la Crítica literaria, Paleografía, Filosofía, Política e Historia de la Pedagogía, que de todas estas materias, y no están todas enumeradas, escribió el sabio ilustre a quien rendimos justificadísimo homenaje; y claro es que ni soy yo ese crítico ni he de hacer oficios de tal, usurpando, además, sus funciones propias a quienes en este acto me acompañan y puedan aportar a él notas y datos más en armonía con sus circunstancias y representación. Habré, por tanto, de limitarme a reflejar impresiones propias y traer recuerdos o juzgar su labor en el seno de las Corporaciones que represento.

”Apenas cesó la fermentación tumultuosa que durante la juventud brota en el cerebro, ávido de esas lecturas apresuradas e inconexas que forman el bagage de nuestras carreras y de la preparación de oposiciones a materia tan vasta y enciclopédica como la Historia Universal, vino a nacer en mí una inclinación vehemente y naturalísima a penetrar y especializarme en la Historia de Aragón.

Durante la carrera escuché a tal o cual catedrático ponderador entusiasta de las glorias de su historia o de la sencillez y justicia de su Derecho, pero no había emprendido la tarea de penetrar en las fuentes de aquélla, en los relatos de sus viejos cro-

nistas, menos en la visión directa de los pergaminos originales, guardadores aún de lo inédito; comenzada esta labor, hube de tropezar con uno de los libros más eruditos, desenfadados y geniales de don Vicente de la Fuente, sus *Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón*, en donde recopila buen golpe de monografías de historia aragonesa, escritas en muy diversos tiempos, con independencia unas de otras, tratando asuntos diferentes, pero unidas por la común materia a que se refieren; allí hube de apreciar las extraordinarias y relevantes condiciones de él; podando con gentil desenfado lo inverosímil, legendario y absurdo de nuestra Historia, aceptado por la credulidad ignara o la piedad sencilla; fustigando con gracejo baturro las tentativas de quienes querían convertirla en precedente obligado y fundamental de sus doctrinas políticas actuales, equiparando a los aragoneses de la Reconquista con los milicianos nacionales; censurando lo censurable, fuera quien fuere su autor, clérigo o laico, rey, monje, señor o vasallo, con esa franqueza, igualdad y justicia característica del carácter y temple aragonés, que no precisa a quien lo ostenta calzar alpargatas ni ceñir faja y calzón corto, sino ser tan sólo bloque y aun simple pedrusco de la cantera étnica a la que nos honramos en pertenecer, y cubriéndolo todo con erudición portentosa, selecta y copiosísima, adquirida en el trato constante con archivos, pergaminos y papeles viejos, ávidamente hallados y leídos por aquel infatigable buscador de antiguallas y eruditas vejeces; y en medio de estas burlas, párrafos, citas y relatos, estallar de pronto el atisbo genial, la doctrina, explicación o juicio nuevos, originalísimos, a veces desconcertantes, que obligan a suspender la lectura, cerrar el libro, meditar y decir de pronto: “Tiene razón”, “Eso es”, “Ahora se ve claro”, exclamaciones que brotan y brotarán secas, entrecortadas, vibrantes, en el callado recinto de los gabinetes de estudio, proferidas por muchos y muchos lectores y eruditos, y que, saliendo afuera por misteriosas fuerzas desconocidas, análogas a las que animan los rayos Roetgen o las ondas hertzianas, acaso se entrecruzan y agrupan y suben formando misteriosa armonía de homenaje constante, tributado por miles de lectores presentes y futuros, a ser el aplauso que perpetuamente halague y recompense a los espíritus inmortales de

esos hombres esclarecidos que supieron escribir obras capaces de arrancar tales gritos a toda la serie de las generaciones presentes y futuras.

”Su labor en la Academia de la Historia respondió a la especialidad de las tareas de la docta Corporación, para la cual la elección de don Vicente de la Fuente hubo de ser adquisición valiosísima. En su discurso de recepción, leído el 10 de marzo de 1861, patentizó ya su amor a su ciudad natal, pues versó sobre las famosas Comunidades aragonesas de Calatayud, Daroca y Teruel, estudiándolas a la luz de los documentos inéditos por él transcritos y produciendo verdadera extrañeza en el auditorio, pues la generalidad de las gentes, aun las doctas, no conocían más Comunidades que las de Castilla; pero ya dentro de la Academia pronto acudió a poner mano en esas labores, que parecen ser de su exclusiva incumbencia, por la necesidad, dada su extensión y alcance, de que en ella laboren sucesivas generaciones de eruditos; tal es, v. gr., la *España Sagrada*, de la que don Vicente de la Fuente publicó varios tomos, que no sufren al ser comparados con los que produjeron los ilustres padres Flórez, Risco y La Canal: fué encargado de publicar obras como las *Batallas y Quincuagenas* de Oviedo, esperadas con avidez por los historiadores y eruditos de todos los países, y su actividad y sabiduría acudió también sin tasa y con gran ahinco a otro de los importantes cometidos de la *Academia* a la redacción de informes sobre libros y documentos, en los cuales se ve asimismo la portentosa variedad de su saber, pues versan, dentro siempre del campo de la Historia, sobre Arqueología, Derecho, Antigüedades romanas y medievales, Hagiografía, Pedagogía, etc. (1).

Compartió con las tareas académicas de esta Academia y de la de Ciencias Morales y Políticas, la diaria labor de su enseñanza universitaria y del ejercicio del rectorado durante dos años (de

(1) Publicó, aparte del discurso de recepción ya citado, los tomos XLIX, L y LI de la *España Sagrada*, las contestaciones a los discursos de recepción de los académicos señores Pezuela y Codera, el elogio del arzobispo don Rodrigo Ximénez de Rada, leído en sesión pública el 29 de 1862, el tomo I de las *Batallas y Quincuagenas de la Nobleza de España*, de Oviedo, impreso en 1880. Además, treinta *Informes* en el *Boletín* de la Corporación.

6 de abril de 1875 a 16 de julio de 1877). Su retrato está en el despacho rectoral de la Universidad de Madrid, y de su energía y su entereza ante los conflictos universitarios quedó también memoria persistente.

Pero su principal campo de acción no estuvo en las funciones directivas, que ni apeteció ni retuvo, sino en su labor diaria en la cátedra, convertida, por su ciencia, sencillez y gracejo baturro, en lugar apacible y deleitoso; muchos de sus discípulos y aun compañeros, me han hablado estos días con cariño sincero de cómo era querido y admirado entre ellos, ante quienes comparecía sin la menor tiesura ni empaque, en aquella época de mayestáticos krausistas y de maestros que conservaban el aire y tono absolutos y pedantescos venidos de las viejas Universidades escolásticas, o de las recientes napoleónicas. Sin trampa ni artificio, con sencillez y llaneza, enseñaba, no sólo a saber, sino a dudar y a confesar la ignorancia, postura que muchos maestros eluden, pensando que redundaría en su desdoro, sin ver que el discípulo ha de aprender, en esa ignorancia, la existencia del mundo inmenso de lo ignorado, cuya ávida conquista debe ser el acicate que mueva al obrero intelectual, y que, sin ella, ocupa el endiosamiento altanero e infundado el lugar de la curiosidad, madre de la sabiduría (1).

Fuera labor interminable la de referir las anécdotas y recuerdos recogidos de sus compañeros y discípulos; en medio del cariño con que los refieren, destaca siempre la admiración hacia la energía para lograr la justicia, hermanada con la amenidad y dulzura en el trato con que aquel varón docto, recto y bueno sabía unir las tan al parecer contradictorias o, por lo menos, distintas cualidades.

Quede para otros compañeros en este homenaje poner de manifiesto sus obras religiosas, ascéticas y canónicas; elogiar su participación en las obras sociales, en la propaganda de los ideales del Catolicismo, en su lucha contra las sectas que atacan a éste, en las amargas contiendas políticas; lo que verdaderamente abruma es

(1) Colaboró publicando en la *Revista de la Universidad de Madrid* muchos e interesantes artículos, a la extensión de la vida científica universitaria, fuera de las clases.

su labor intelectual, variadísima y copiosa: la recogió don Alejandro Pidal, su amigo y compañero, como apéndice a la elocuente necrología leída el 10 de junio de 1890 ante la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas (1), y allí, año tras año, desde 1842 (cuando tenía veinticuatro años), hasta el mismo año de su muerte (1889, a los setenta y dos años), se ve en todos la publicación de varios libros, aparte de los innumerables artículos, informes académicos, lecciones de cátedra y conferencias. Si toda esa labor mental pudiera ser medida, pesada o contada, sorprendería la cifra total, demostradora del esfuerzo incesante de aquel espíritu tan docto y laborioso, que bien supo ganar y mereció, el modesto pan que con su trabajo hubo de tener toda su vida.

Débele Calatayud el relato de su propia historia (2), labor con la que quiso pagar la deuda colectiva hacia la ciudad donde nació y vivía y vive su estirpe: noble deseo que viene a saldar la que al nacer contraemos con el grupo étnico en donde abrimos los ojos; que unos pagan con libros; otros, poniendo al servicio de la colectividad su valor, pericia gubernativa, su esfuerzo en desarrollar comercios, industrias o labor agraria en beneficio indirecto de todos; más fué don Vicente de la Fuente; no pidió nada a cambio de lo que daba, sino la indispensable cantidad para que artistas y artífices bilbilitanos la imprimieran: en exceso generoso, vivió apartado de las impurezas y luchas locales, y, como el sol que alumbra todo lo que sobre la faz de la

(1) Folleto de 32 págs. Madrid, 1898. Imprenta de Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús. El número de sus libros y folletos asciende a 95, y es de advertir que varias de sus obras tienen tres o cuatro tomos. A esta labor formidable hay que agregar los artículos periodísticos y los Informes académicos.

(2) La publicación de la *Historia de Calatayud*, en dos tomos, tuvo lugar los años 1880-81; al fin de su vida continuó con su preferencia al cultivo de la historia aragonesa, como lo patentizan la Conferencia dada el día 8 de enero de 1880 en la Sociedad Geográfica de Madrid acerca del tema *Las Comunidades de Castilla y Aragón desde el punto de vista geográfico* y la *Memoria*, leída en el mes de noviembre de 188 (un mes antes de morir) en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, sobre *La Constitución política de Aragón en el año 1300*; este fué su último trabajo y dicha Academia lo publicó en 1893, en el tomo VII de sus *Memorias*.

tierra vive, lo malo y lo bueno, lo hediondo y lo hermoso, sin esperar ni recompensa ni aplauso, así él vino aquí a dejar a todos, eruditos e ignorantes, las huellas de su genio y su cultura, y a enaltecer, honrándola, la ciudad donde vió la luz.

Bien hacéis en traer a que duerma entre vosotros varón tan justo y docto, pues su presencia estimulará el recuerdo de su vida y de sus obras, y así, sirviendo eternamente de modelo a nuevas generaciones de paisanos o admiradores, aquel hombre que pasó su existencia enseñando, en su cátedra y en la vida, seguirá ejerciendo dentro de su tumba y con su recuerdo la enseñanza que irradia siempre de aquellos hombres esclarecidos a quienes Dios dotó de dos grandes bienes: conocer su destino y tener los medios de poderlo cumplir, y ellos pusieron lo que faltaba: la voluntad de cumplirlo.

II

LEGACION DEL URUGUAY

PARTICULAR

Madrid, junio 26 de 1922.

Señor don Vicente Castañeda y Alcover, secretario de la Real Academia de la Historia:

Muy distinguido señor mío:

Tengo el agrado de acusar recibo de la nota fecha 24, por la que se me comunica que la Real Academia de la Historia, en junta celebrada el día 23 y previa propuesta suscrita por los académicos de número excelentísimos señores don Jerónimo Bécker y González, don Ricardo Beltrán y Rózpide y Conde de la Viñaza, me ha nombrado correspondiente de la misma.

Estimo ese nombramiento como un altísimo honor, como una de las más gratas distinciones recibidas en mi vida, y me uniré más, si cabe, a España, que amo y admiro, y a los que, con mayores merecimientos, se dedican al cultivo de su historia y a esclarecer las tradiciones comunes de gloria y ejemplo a que desde muchos años he consagrado también mis modestos empeños.

Quiera el señor Secretario transmitir las expresiones de mi agradecimiento a la Real Academia, con la declaración de mi más profundo respeto y adhesión.

Atento s. s.,

B. FERNÁNDEZ Y MEDINA.